

ORWELL O LA EXCELENCIA INTERESADA

Existen pocos escritores de los denominados “clásicos” o de “calidad” que hayan alcanzado la inmensa popularidad de George Orwell. Es leído, adaptado al cine o incluso a la ópera, se reeditan constantemente sus obras -algunas- se comentan y se citan, en muchas ocasiones a costa de la vulgarización, pero éste es el inevitable peaje que se paga por la celebridad y la popularidad. Incluso si no una “neolengua”, Orwell ha acuñado un vocabulario “orwelliano” con expresiones como “Gran Hermano”, “algunos son más iguales que otros”, instaladas en el lenguaje coloquial. Ahora bien, esta notoriedad se basa única y exclusivamente en sus dos últimas obras, ***Rebelión en la Granja*** y ***1984***. El resto de su obra es prácticamente desconocida para el gran público, o en el mejor de los casos, se concibe como un prólogo, quizás necesario, pero subordinado a la eclosión que significan sus últimas obras. De hecho, son obras muy difíciles o sencillamente imposibles de encontrar en los circuitos comerciales “normales”. En la muy modesta opinión del que escribe estas líneas, estamos ante el caso, no aislado, de un escritor que ha conquistado su celebridad por sus peores obras, las más tramposas y discutibles, lo que no es producto ni de la casualidad ni del error, sino de las exigencias ideológicas y los inconfesables pero omnipresentes intereses del sistema que establece lo que se debe o no difundir y dar a conocer.

Antes de sus dos últimas obras, Orwell ya tenía a sus espaldas una sólida trayectoria de escritor, combinada con el activismo político, una actitud muy frecuente a lo largo de la primera mitad del siglo XX, en lo que se etiqueta con el equívoco y confuso vocablo de “compromiso”. Podemos destacar, entre otras obras, “La Marca”, novela ambientada en el muy conocido por el autor, colonialismo británico, al que describe con precisión y garra desde una postura rotundamente crítica. Este tema lo continua en ***El camino de Wigan Pier*** que además es una vibrante descripción y análisis de los devastadores efectos de la crisis económica en las cuencas mineras de Gran Bretaña y una aguda, ingeniosísima y magistral crítica del laborismo y socialismo inglés de la época, preñado de actitudes elitistas y señoritismo despectivo hacia la clase obrera, e incapaz de representar nada que no sea el apuntalamiento del sistema capitalista burgués abocado irremisiblemente a una nueva guerra de rapiña imperialista. Pero sobre todo Orwell es el autor de ***Homenaje a Cataluña***, insuperable descripción y análisis de la Guerra Civil Española, que él vivió como testigo directo y combatiente en las trincheras. En esta obra se describe lo que fue la Revolución y Contrarrevolución en el bando republicano, las implacables acciones de la burguesía republicana, dirigida por el estalinista, anticomunista y contrarrevolucionario PCE, contra todos aquellos que buscaban una alternativa revolucionaria y no un simple golpe de palacio que sustituyese una burguesía por otra. Las últimas páginas del libro resultan antológicas, ya que, aquí sí, Orwell acierta como profeta y anticipa que las bombas no tardarán en caer sobre todos los que ahora disfrutan de las delicias de la paz. Este libro debería ser de obligada lectura en las escuelas y universidades de este país que tanto clama por la memoria histórica sólo para prostituirla.

La Guerra Civil Española marca, no obstante, el giro copernicano del autor hacia posiciones completamente opuestas. Sus actividades en España supusieron una persecución implacable, y sólo una rocambolesca huida le permitieron salvar el pellejo a última hora. Otros no tuvieron tanta suerte. La traumática experiencia, la frustración y el desvanecimiento de tantas ilusiones que para muchos izquierdistas supuso la Guerra Civil, les llevó en numerosas ocasiones a una postura pendular, el rechazo furioso y obsesivo de lo que habían defendido hasta el día anterior. Algunos quizás fueran sinceros, para otros fue el peaje a pagar para volver al redil del *status quo* vigente como renegados y pecadores arrepentidos y para casi todos quizás la única fórmula para salvar la vida ante un enemigo que no perdonaba ni olvidaba a los herejes que habían abandonado la única fe verdadera y a la Iglesia en que la verdad se encarna. Orwell fue

uno de ellos, el más célebre, pero no ni mucho menos el único de una nutrida lista: Koestler, Silone, Istrati, Dospassos.

En *Rebelión en la granja* el viraje es pleno y rotundo, no en el estilo literario y expresión pero sí en cuanto al contenido. En la obra existe sarcasmo, agudeza e ingenio, pero todo al servicio de una idea mezquina y plenamente reaccionaria, a saber: las revoluciones son inútiles, no sirven para nada que no sea otra nueva forma de tiranía y despotismo, lo mejor es no hacer nada, ¿Para qué? Semejante idea es un absurdo que parte de un profundo desconocimiento histórico. Las revoluciones son procesos traumáticos, desagradables para mentes con un mínimo de bondad ya que conllevan un uso inevitable de la violencia por los dos bandos enfrentados. La mayoría fracasan y además generan unas enormes expectativas, muchas de las cuales no se pueden cumplir. Ahora bien, las revoluciones, aparte de inevitables, son imprescindibles para el avance de la historia, son su motor y acelerador. Cosas de las que tanto se enorgullece el personal como "la democracia", "el sufragio" o "las libertades" fueron obtenidas a partir de procesos revolucionarios con una lucha implacable contra aquellos que se aferraban con uñas y dientes a sus privilegios. Orwell, escaldado de su actividad política, cae en un pesimismo paralizante, un fatalismo resignado que, eso sí, suena a música celestial para todas las clases dominantes de la Historia, que por eso promueven, difunden y publican este tipo de obras. No existe el más mínimo análisis serio y objetivo de por qué la revolución degenera en despotismo. Orwell describe la evolución del proceso, pero no lo explica. Todo se alinea con los tópicos vulgares, ampliados en *1984*, de "el poder corrompe" o la maldad intrínseca del ser humano.

Todos estos elementos alcanzan su cenit en *1984*. El autor es endiablidamente hábil en crear ambientes y atmósferas sofocantes, escenas impactantes que impresionan a sujetos fácilmente impresionables. El problema es que detrás de esta brillante fachada no hay nada sólido, sólo una entelequia arbitraria salida de la fértil imaginación del escritor. No es capaz de ir más allá de lo superficial, de lo que todo el mundo puede ver.

Para empezar se describe un estado supuestamente todopoderoso, al que nadie escapa que todo lo que ve y todo lo castiga, en el que el individuo es aplastado sin contemplaciones. En realidad el uso masivo del terror y la represión no es síntoma de fuerza, sino de debilidad, es el resultado de una aguda crisis social y política, de unas estructuras sociopolíticas que se resquebrajan y se deben apuntalar con métodos draconianos, un enjambre de policías, chivatos y delatores. Por otra parte, todo estado es potencialmente terrorista, ya que su último y decisivo cimiento es el uso de la fuerza que garantiza su supervivencia, que no tiene otro significado que los intereses de las clases dominantes o de la lógica del sistema. La URSS, supuesto referente en el que se inspira Orwell, fue un modelo ejemplar en este sentido. Surgió y se desarrolló en unas condiciones atroces, desesperadas, con unas expectativas que en su mayor parte - la revolución mundial- se desvanecieron casi al principio y obligada desde el principio a una lucha desesperada por su supervivencia. El terror fue una consecuencia lógica del sistema y cumplía una triple función: eliminar cualquier oposición real y potencial, presentar cabezas de turco a los que culpabilizar de los fiascos y fracasos del sistema, y evitar la parálisis burocrática de éste por medio de una continua depuración y renovación de los cuadros. Pero para Orwell nada de esto existe, como los malos doctores, sólo detecta los síntomas y no las causas de la enfermedad.

El sistema gira y se asienta en torno a un déspota todopoderoso, un dictador omnisciente, dueño y señor de todo. Orwell nos expone la visión comúnmente aceptada y sumamente vulgar de lo que es una dictadura, lo que no deja de ser un disparate. La dictadura no es un régimen personal, sino de un ente colectivo, la clase o el sistema y se emplea como recurso extremo. El dictador no es sino la personificación de unos intereses colectivos, y sin ellos gira en el vacío y se desploma irreversiblemente. El dictador es una cómoda figura exculpatoria de los intereses que la soportan ya que focaliza el odio de los oprimidos sobre su figura. Cumple la misma función que un fusible en un circuito eléctrico: fundirse en caso de sobrecarga del sistema. Que acabe sus días en la cama como Stalin o Franco, o ante un paredón como Mussolini o Ceaucescu dependerá no de sus méritos o capacidades sino de unas condiciones objetivas que ellos son los primeros

que no controlan "El Gran Hermano" de Orwell, tan impactante él, no es sino otro producto de prodigiosa imaginación, pero como referente real no existe, ni existió, ni probablemente exista.

La figura de "El gran Hermano" focaliza quizás el elemento más popular del libro, el de la asfixiante e implacable propaganda y la manipulación informativa. En realidad, ambas son primitivas, toscas, elementales y groseras basadas en una monótona y torpe repetición que no puede provocar sino el hartazgo y el rechazo y por tanto ineficiente; esto explica una vez más la necesidad de un ejército de policías y soplones que en última instancia vigilen y persigan, denota no triunfo, sino fracaso. Nada que ver con las técnicas ultrasofisticadas que emplea la más moderna propaganda con sus medios de comunicación y de entretenimiento, que no por casualidad están controlados por los mismos y gigantescos conglomerados empresariales. Curiosamente, el tema de la manipulación de las mentes se asocia única y exclusivamente con eso que llaman "estados totalitarios", mientras en las felices sociedades liberales democráticas reina la libertad de expresión y la no menos libertad del pensamiento individual. En realidad la manipulación, el adoctrinamiento, acompañan al individuo desde la cuna hasta la tumba y se ejerce por toda una serie de instituciones como la familia, el Estado, la Iglesia, la escuela, la empresa, medios de comunicación, etc. La condición *sine quanon* para su mayor eficiencia es la naturalidad que no se sienta como manipulación ni adoctrinamiento. La Libertad, a la que se presenta como el principio más elevado de nuestro tiempo, no es sino un mito, una entelequia que sirve de consuelo y narcótico para los individuos

1984 describe un mundo dividido en tres bloques antagónicos, perpetuamente enfrentados, en una lucha que es un fin en sí mismo. Es difícil encontrar una sandez de mayor calibre. La guerra siempre es un medio, al servicio de un fin que no es otro que el control de los recursos, ya sea el de los más básicos, para las tribus primitivas o el del reparto del mercado mundial a bombazo limpio en el sistema capitalista. Orwell concibe la guerra como una forma de asentar el poder político desviando el odio hacia un enemigo externo, una teoría muy en boga incluso actualmente. Pero la guerra es un arma de doble filo, ya que si en sus fases iniciales y si es breve y victoriosa puede solucionar momentáneamente los problemas de un gobierno y un estado en apuros, su prolongación puede acelerar la ruina al tensionar más allá de lo soportable unas estructuras económicas, sociales y políticas ya muy frágiles. De hecho, las guerras son antecámaras de la Revolución. Los gobernantes inteligentes las temen como a la peste y huyen de ellas.

Un tema central de **1984** es el del comunismo, supuestamente la inspiración para lo que Orwell describe en el libro. Hay que decir que el autor no utiliza esta palabra, eso lo hacen sus muy deshonestos comentaristas que arriman siempre el ascua a su podrida sardina y juegan a placer con la extrema ignorancia del público. Como mucho, etiqueta el sistema de Eurasia como neobolchevismo y el bolchevismo no es tanto una teoría como una táctica y una estrategia revolucionaria, que se basa en el marxismo. La sociedad descrita en **1984** no tiene nada que ver con el comunismo; éste establece la sociedad comunista como una sociedad sin estado, resultado lógico de la desaparición de las clases sociales y de su antagonismo que hace necesario el estado. Si algo existe en **1984** es estado. El que no exista propiedad privada, para nada etiqueta a una sociedad como comunista: el capitalismo puede reducir o prescindir de los capitalistas si la situación objetiva lo requiere por medio de la nacionalización o estatalización de la economía. Lo que no puede faltar nunca son sus dos categorías básicas: el capital y el trabajo asalariado del que se extrae la ganancia o plusvalía que permite poner en marcha el proceso de acumulación

La experiencia soviética, presentada como expresión acabada del comunismo y del fracaso e inviabilidad de éste no fue más que un experimento de modernización económica capitalista acelerada en unas circunstancias tremebundas. Los inmensos sufrimientos que supuso, son consustanciales a todo proceso de acumulación capitalista que implica la expropiación y la depauperización de la inmensa mayoría social, el aplastamiento de una serie de resistencias que se oponen al proceso. Si la historia que nos enseñan no fuera un melifluo cuento de hadas, deberíamos saber que el capitalismo europeo se asentó en la ruina de sus productores independientes a los que se robó con toda la fuerza de la ley y en la esclavización, explotación y

masacre de amplias zonas del planeta y de sus habitantes, acompañado de guerras continuas y constantes que tiñeron de sangre tierras y océanos. La experiencia rusa se distingue sólo por sus urgencias que obligaba a acelerar los ritmos y por tanto cubrir en pocos años un proceso que en condiciones "normales" lleva siglos. Lo mismo se puede decir de la experiencia china que no sólo es capitalista, sino quizás sea el futuro del capitalismo, por lo que algunos sesudos pensadores ya afirman que se debe imitar no sólo en su organización económica, sino también en la política. Un serio aviso para los que suponen que la democracia es el *non plus ultra* del desarrollo político humano.

No se sabe a ciencia cierta si Orwell al escribir **1984** quiso ser profeta del porvenir. Si es así se equivocó estrepitosamente. La terrorífica Unión Soviética salió triturada de la 2ª Guerra Mundial con inmensas pérdidas materiales y humanas que pesaron y pesan como una losa, y lejos de ser un estado ferozmente agresivo se comportó siempre con una extremada prudencia y cautela, arriesgándose sólo cuando los triunfos se presumían fáciles y retirándose cuando la situación era peligrosa. Sus carencias enormes frente a los Estados Unidos no hicieron sino agrandarse con el paso del tiempo, y sus dirigentes, pese a su patética mediocridad, eran muy conscientes de ellas. Nunca fue ese imperio del mal que amenazaba a todo y a todos sino un estado cochambroso, insoportable sólo para sus sufridos habitantes, pero casi inofensivo para otros estados. Incluso el terror se redujo notablemente lo que provocó la parálisis progresiva del sistema que tenía en el miedo su incentivo básico. Pese a todos sus crímenes, quizás Stalin tenía razón al practicar el terror como el único método que evitaba el abocamiento del sistema a la incompetencia y la corrupción, una vez que todos los ideales se habían esfumado. Al final la URSS acabó siendo una continuación del achacoso imperio de los zares, con las mismas carencias en 1989 que en 1914, como ya advirtió el propio Lenin antes de morir al afirmar que sólo "habíamos pintarrajeado de rojo el imperio de los zares". De hecho la llamada Guerra Fría tuvo mucho de engaño y embuste, que ocultaba acuerdos básicos entre las superpotencias, ocultos por una parafernalia de propaganda sofisticada que consiguió engañar a muchos.

Se puede objetar a todo lo anterior que al fin y al cabo Orwell sólo hacía literatura, que una novela no puede ni quizá debe ser un libro de historia y que por tanto se puede tomar tantas licencias estilísticas y literarias como se crea oportunas. Nada que objetar, sólo que Orwell nunca fue un esteta puro y duro sino un comprometido y un activista, y además, y esto es lo peligroso, a sus dos últimas obras se las presenta como genuinas y ejemplares enseñanzas. Ahí es donde resultan enormemente dañinas, espurias y tramposas. Irónicamente, y puede que sin saberlo, la actitud de Orwell como la de tantos otros que renegaron de la revolución fue un triunfo del estalinismo, que es la más pura contrarrevolución, tanto en Rusia como en el resto del mundo. El cinismo de tantos pensadores burgueses en sus distintas variantes desde las liberales, socialdemócratas, conservadores o neocón consiste en rasgarse las vestiduras ante los crímenes del estalinismo, cuando muchos de ellos les fueron de una enorme utilidad. El estalinismo acabó salvando dos veces a un capitalismo del que sólo es una variante. Lo hizo primero en los años 30 cuando en una situación de quiebra y caos objetivamente revolucionaria cortó de raíz cualquier intento de revolución proletaria, y el ejemplo español es perfecto. Lo hizo en la Segunda Guerra Mundial al soportar todo el peso de la guerra asumiendo unos costes insoportables. Decenas de millones de seres fueron sacrificados por Stalin a la mayor gloria del capitalismo anglosajón que le premió, eso sí, dándole un buen bocado de Europa, aunque luego no han parado de gimotear con que si Stalin les había engañado que si no había respetado los compromisos de las conferencias de Yalta y Postdam. Al lado de ciertos venerables personajes históricos, el Gran Hermano orwelliano es un pobre diablo, un infeliz, que sólo sabe dar porrazos al aire como un boxeador sonado, cuando aquellos disponen de un ejército de profesores, cineastas, escritores novelistas y plumíferos varios, capaces de tergiversar y mentir con la más absoluta de las naturalidades y el más jacarandoso desparpajo.

George Orwell no pudo o no quiso advertir todas estas contradicciones. El reconocimiento que se presta a escritores como Orwell no es desinteresado o altruista, sino es el

propio que se les presta a los arrepentidos que vuelven al redil. Pero la acogida no es gratis, hay que pagar un peaje y Orwell lo pagó. Incluso asumió la personalidad de sus más lamentables personajes, los delatores. En los últimos años de su vida cayó en una obsesiva paranoia, interesada o sincera que le hacía ver espías y agentes de Stalin por todas partes, y no tuvo reparos de denunciarlos a la CIA. Algunos lo eran, pero otros no eran sino individuos consecuentes que entendían que enfrentarse al estalinismo no consistía en correr a refugiarse en las faldas de una burguesía que, por otra parte, como en los cerdos de su fábula se parecía a Stalin como dos gotas de agua. Al final acabaron sus vidas perseguidos y machacados por todos, el amargo destino de los revolucionarios fracasados. Nadie les recuerda, pero existieron; no hicieron penitencia, lo pagaron con el olvido y el ostracismo y es hora de que se les reconozca por su coherencia y honestidad.